

EDITORIAL

TESTIMONIO se propone en este número mirar atentamente la experiencia de oración de los religiosos. La que tienen en las celebraciones litúrgicas, en la participación en la religiosidad popular, en la convivencia con los pobres, en los tiempos de oración, de meditación, de lectio divina. Quiere dejar claro que para orar es indispensable tener los ojos fijos en Jesús y el corazón latiendo al unísono con él. Los autores de estas páginas subrayan que orar es entrar en la experiencia de intimidad con el Padre, con Jesús y recibir el Espíritu; experiencia que nos abre a la gratuidad de la fe cristiana, a la plenitud del amor y a la consistencia de la esperanza; nos abre a la vida cotidiana.

Esta reflexión sobre la oración la sitúa entre el silencio y la fe reavivada. Es el buen camino para una vida de oración y para una oración hecha vida, que sea fecunda y revitalizadora. Para eso, se nos recuerda la importancia de silenciar el corazón para orar. Si cuidamos el silencio será fácil orar; la oración se convierte así en un salto que nos permite “tocar” a Dios. Orar es descender al silencio y hablar con Dios en el secreto y escucharle. De hecho, nuestra vida de oración sufre mucho si nuestro corazón no guarda silencio. Dios solo habla en el silencio del corazón. Cuando se da una verdadera vida activa solo será plena si no falta el fervor interior silencioso, dinámico; el que termina en una fe reavivada.

Sin el silencio no existe la vida de oración. La oración supone una profunda aceptación de nosotros mismos. Eso es el silencio auténtico. Así lo vivió y enseñó Teresa de Calcuta: “El silencio es lo más importante para orar. Las almas de oración son almas de profundo silencio. Y lo necesitamos para ponernos verdaderamente en presencia de Dios y escuchar lo que nos quiere decir. El silencio de la lengua nos ayuda a hablar a Dios; el de los ojos a ver a Dios. El silencio del corazón, como el de María, a conservar todo en el corazón”. Las personas de oración son personas acostumbradas al silencio. No hay duda de que para hablar de Dios hay que conseguir hablar a Dios y con Dios.

El silencio en la oración de Jesús es el silencio de toda su existencia, ya que es como el símbolo de su entrega total al Padre; es abandono total a

la confianza y es comunión íntima con el Padre que se sostiene en la fe que contagiaba y exigía para los milagros, para recibir el perdón. Del silencio aparentemente definitivo de su muerte nace el soplo de la vida, el grito de toda la creación reconciliada y renovada y eso es oración y fe. Resurrección es la palabra que brota del silencio de la muerte.

Los contemplativos y ascetas han acostumbrado a retirarse al silencio para encontrarse consigo mismo y para orar. De muchas partes nos llega la invitación a retirarnos al silencio más profundo y, personalmente o en comunidad, orar con Dios. En la naturaleza encontramos el silencio, el de los árboles, las flores y la hierba que crecen en el silencio; las estrellas, la luna y el sol se mueven en el silencio. No hay ninguna duda de que abrirnos al silencio es abrirnos a la bendición del Señor y a la fe.

El silencio nos hace entrar en el círculo maravilloso de la oración y le da a esta una especial calidad para llegar al ejercicio de la fe. El ser humano es orante y es creyente. Se abre a Dios y pide perdón, escucha su palabra, intercede y suplica, agradece y alaba. Cuando se sumerge en ella brota en él una fe que enciende su corazón. Luz maravillosa que además de iluminar contagia calor. Así es una fe confesada y profesada.

La oración de calidad transforma y nos lleva a ser creyentes, hombres y mujeres de fe. Es verdad que “el amor y la fe en las obras se ven”. Hay un silencio de la calle y de la plaza, de la transformación de la sociedad y del trabajo por la justicia. La relación con Dios es de presencia, de diálogo y de interacción; así se llega a descubrir que uno es hijo y Dios es Padre, y que los que están al lado mío son hermanos y todos somos creyentes.

No hay duda de que las personas rodeadas de amor y cuidados están más cerca de Dios y capacitadas para recuperar su condición de seres humanos. Los que logran que así sea no son siempre los teólogos, los escritores, los filósofos sino los auténticos maestros de vida y de oración, los maestros espirituales. ¿Cómo llegar a serlo? Convirtiéndose en personas con claridad de visión y de propósito y con una decidida determinación de avanzar hasta el final del camino, movidos por la Palabra de Dios y la compañía de quienes ya están de vuelta de ese mismo recorrido del que partieron, con una inspiración que despertó una gran pasión: ser grandes creyentes.

Al terminar la lectura de este número de Testimonio uno se queda con la clara impresión de que la oración está en el corazón de la vida consagrada; la calidad de esta se mide, en buena parte, por la calidad de la oración. Cuando no se alcanza tener esta calidad, el religioso deja de ser fiel a uno de sus aportes principales a la Iglesia y a la humanidad: ser orante para enseñar a bien creer.